

QUE NUNCA EXISTIO

te pudo no ser natural y hayan solicitado una autopsia, no aceptada por la Congregación. Por los orígenes de las sospechas, se ve el deseo de culpar a la Unión Soviética, que hubiera podido temer una ofensiva papal en favor de la "Iglesia del silencio", denunciando persecuciones de ca-

tólicos, que unida a las denuncias por las persecuciones de judíos y a las de Estados Unidos por la persecución de los "disidentes", hubieran podido potenciar al máximo el cerco por la vía de los "derechos humanos". Nadie parece dar ninguna importancia a esta línea tan políti-

ca, que despierta toda clase de incredulidades.

Si el Papa Luciani se ha extinguido sin dejar detrás más que un limbo de cálculos, de lo que hubiera podido ser, la elección de sucesor tiene ahora un interés renovado. Pero todavía no ha salido del más absoluto misterio. ■

filósofo San Justino, ya que en la Iglesia no debe haber más ley que la ley del amor, de la convivencia en la igualdad y de la libertad.

La clave de esa primera anécdota está pues en estas palabras pronunciadas en su catedral: "Que Roma sea fiel, en los hechos y en los ideales, cumpliendo la sed y el hambre de justicia que hay entre los hombres, contribuyendo a forjar una paz activa, un respeto a la dignidad superior del trabajo y un amor efectivo con todos, sobre todo con los marginados y débiles de la sociedad".

Muchos se preguntarán al oír este mensaje de apertura: ¿cuál es la postura del Papa respecto al caos doctrinal que parece invadir a la Iglesia católica, dentro de la cual ya casi nadie sabe cuál es su identidad como católico, pues las más dispares posturas se mantienen incongruentemente en ella y se dan los cambios más espectaculares de actitud sin saber a dónde van?

Hablando en ese discurso de la liturgia, afirmó que los cambios eran necesarios, pero sin llegar a producir una "falsa creatividad". Ciertamente la Iglesia no debe ser un arcón donde sólo se guardan cosas viejas, porque necesita el cambio respetando eso que algunos han llamado "la memoria de la Iglesia". A través de las múltiples variaciones de su historia, el creyente profundo descubre un hilo conductor, y ese núcleo es el que hay que saber aplicar y vivir en cada momento histórico, sin caer en la ingenuidad del cambio por el cambio, como a veces se cae en la del arte por el arte.

Todo esto lo vivía con sentido del humor, como lo demostró desde el primer momento de ser Papa. En la primera cena que celebró encerrado con los cardenales que le habían elegido, el cardenal Tarancón —que es un impenitente fumador— sintió tal necesidad de llevarse un pitillo a la boca, y se atrevió a pedirle permiso a Juan Pablo I, el cual le contestó con cierta ironía: "Fume usted, pero cuidado con el humo, que sea blanco, para que nadie se confunda y crea que no me han elegido Papa". Con este espíritu era como únicamente podía abordar esa crisis de enfrentamientos entre conservadores y progresistas en este momento crucial de nuestra Iglesia.

Y, dentro de esta sencillez, estaba su desprecio del lujo, de las ceremonias, de los protocolos que

Un Papa sin problemas

JUAN Pablo I, el hombre sencillo y sin problemas angustiosos, ha muerto. Su pontificado sólo ha durado un mes: seguramente el más breve de la historia del papado, y sin embargo, ha dejado una huella que no olvidaremos fácilmente: la huella que deja siempre una actitud sorprendentemente sencilla y sin complicaciones, en un mundo que vive del artificio y de la presuntuosidad. Huella que dejó en sus propios hechos y en sus mismas palabras.

Su obra toda, antes y después de ser Papa, tuvo las mismas características: no cambió nada por el hecho de acceder al más alto puesto de la inmensa Iglesia católica, la más poderosa en números de fieles, con veinte siglos de historia. Ni tampoco le impresionó la dura tarea que caía sobre sus hombros en un tiempo de crisis.

E. MIRÉT MAGDALENA

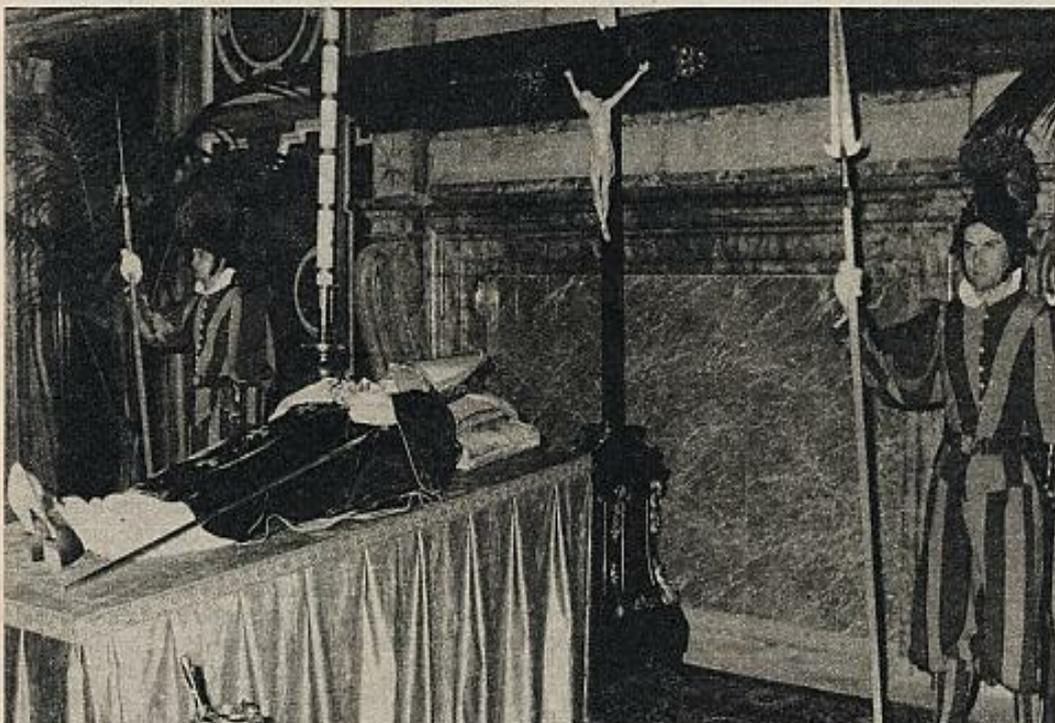
Siguió igual que siempre, sin crispación alguna.

Y desde el primer momento marcó tres características claras: su confianza en el hombre, su buen humor al enfocar las cuestiones y la ausencia del lujo o de afán de poder.

En vez de figurarse lo que era el mundo, quería aprenderlo en el contacto personal con los hombres concretos, esos olvidados hombres de la calle que lo son no sólo en las dictaduras, sino a veces en las democracias. En su primera audiencia, en vez de adoptar una actitud pomposa de primer jerarca de la Iglesia, o una actitud académica de maestro de todos los hombres, dejó de lado todo protocolo, abandonó sus papeles escri-

tos y, en vez de leer el discurso, se dirigió a un niño del coro de la católica isla de Malta, trabando un curioso diálogo de sencillas preguntas y respuestas al modo socrático, olvidando su papel de alto personaje y produciendo así un impacto mucho más fuerte en los miles de personas que habían acudido a la inauguración de su pontificado.

Pero no creamos que todo era en él infantilismo, porque en estos ejemplos anecdóticos habla una clave clara en sus serias aunque sencillas palabras pronunciadas al tomar posesión de la tradicional basílica de San Juan de Letán, que es su catedral en Roma. Porque no olvidemos que el Papa es Papa sólo por el simple hecho de ser nombrado obispo de Roma. Roma es para el católico "la primera en el amor", como decía hace dieciocho siglos el mártir y



La elección de un sucesor para Luciani era totalmente imprevisible, lo que le confiere un mayor interés. En la foto: el cuerpo sin vida del Papa en la Capilla Clementina de la basílica de San Pedro.

Las verdades inmutables de Juan Pablo I

SANDRO MAGISTER

podieran representar el más mínimo afán de poder. Porque parece que aprendió muy bien Juan Pablo I que el Papa gobierna solamente a los suyos con palabras positivas, y no con condenaciones ni con el látigo levantado. Al aceptar ser Papa lo primero que pidió fue enterarse de cómo funcionaba la Santa Sede porque hasta entonces no había sentido ninguna curiosidad por las grandes complicaciones del mundo vaticano.

Su único libro, "Ilustrísimos", sonaba a ironía un poco bonachona, y en él recogió la vida de 40 personajes de lo más diverso, porque por sus páginas pasaron Dickens y Mao, el sentimental y el gran líder; lo mismo que Manzoni y Péguy, el conservador y el progresista. Este hecho revela su afán de contacto vital con los hombres dando muestras de una gran confianza en el ser humano. En España se fijó sólo en cuatro personajes reales y dos ficticios: el Gran Capitán, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y Donoso Cortés, entre los reales; y Don Quijote y Sancho, entre los novelescos. Interesante sería hacer un análisis estructural que revelase el significado de los personajes seleccionados para este casi único libro del cardenal Luciani.

Este fue Juan Pablo I: un hombre de la calle, un cura de pueblo, que se daba cuenta de que los católicos tenían hoy todavía el Evangelio sin estrenar. ■

PASTOR de almas, párroco del mundo, la imagen pública de Juan Pablo I seguirá indisolublemente ligada a su predicación popular más que a Juan XXIII. Es un clisé que remite a Pío X, el "santo", protagonista de la página más genuinamente reaccionaria de la historia moderna del papado.

Es una predicación que desde el mismo exordio reproduce el esquema de la fábula. Los humildes orígenes, la predestinación (Juan XXIII le toca con sus manos; Pablo VI le envuelve con su estola), la elevación paciente y fatigosa (los "estudios propios de Papa"), la milagrosa ("nunca me habría imaginado...") investidura. La autobiografía reexaminada en clave presidencialista es el fondo constante de la elocuencia coloquial de este hijo de campesino vénéto promovido a la cátedra cosmopolita de Roma. Su oratoria es un declarado, ince-

sante recurso a fragmentos de lecturas personales clasificadas en la memoria. Aparentemente improvisadas y con cierto aire de naturalidad, son en realidad producto de una consumada pericia compositiva.

La cosmología campesina y pastoral, que evoca instintivamente las parábolas bíblicas, aparece vinculada sin complejos a una más actualizada teología del utensilio. La Iglesia es el reloj que "señala directrices al mundo", la jerarquía es el relojero. El hombre es un automóvil; Dios, el concesionario. La observación de los mandamientos, el carburante. La Iglesia es una ama de casa. El alma es una camisa. Los sacramentos y la oración ("bien empleados"), el "jabón extraordinario" capaz de lavar el cuello sucio. La libertad es un caballo fogoso, la "autoridad", el caballero, el amor es un viaje del corazón hacia Dios. Viaje "mucho más interesante que los descritos por Julio Verne". El matrimonio es una jaula; el matrimonio es una trampa. Son metáforas de consumo inmediato, de materialidad llevada al extremo. No hay sitio en ellas para lo problemático, para lo sugestivo, para el misterio. No despiertan la inquietud, sino el aplauso tranquilizante del sentido común anidado en cualquier interlocutor.

Un sentido común referible, por otro lado, a un bien definido perímetro cultural. El cielo que domina la visión del mundo de Juan Pablo I está tachonado de estrellas fijas. Honrarás a tu padre y a tu madre es el más importante mandamiento. De hecho, Dios es el padre, pero también la madre. Lejos de ser "revolucionaria", la afirmación papal excluye toda dialéctica. La totalidad es la madre, inmóvil. La virtud de la "gran disciplina" se concentra en el "amor al propio puesto". Otra virtud de la "jucunditas", otro "topos" auto-

biográfico de Juan Pablo I es la aceptación desencantada de lo inevitable (el albañil que se cae del andamio no se rebela, sino que sonríe). La dinámica histórica es un fantasma, la división en clases, una broma del destino ("¿los dineros, los placeres, las fortunas de este mundo?, fragmentos fugaces de felicidad comparados con la felicidad eterna..."). Las nuevas generaciones son una masa de "ministros, diputados, senadores, asesores, alcaldes, ingenieros" en potencia. Todos ellos clase dirigente. ¿Y los excluidos? Bienaventurados los últimos, decía Andre Carnegie, "que llegó a convertirse en uno de los hombres más ricos del mundo". El dinero no lo es todo. Habláis de millonarios, ¿pero qué saben ellos de las alegrías familiares, de la dulce figura de madre, "que combina en su persona las misiones de niñera, lavandera, corazón, maestra, ángel, santa?...".

El problema del nexo entre salvación cristiana y emancipación de la Humanidad, que preocupa a la cultura católica desde hace decenios, ha dejado de ser un problema, y es ya sólo un inocente malentendido. Simplemente ambas realidades no coinciden y es erróneo sostener que "ubi Lenin ibi Jerusalem". (También esto es un "topos": véase la entrevista del entonces cardenal Luciani al mensual fanfano "Prospective nel Mondo" sobre la imposibilidad de conciliar marxismo y cristianismo, enero de 1977.) La absoluta seguridad de estar en el área de lo verdadero e inmutable, rasgo inconfundible de la cultura católica intransigente, marca la "forma mentis" de Juan Pablo I, tal y como resulta de la lectura de sus discursos a los fieles. Cuando convoca a los niños y conversa con ellos, no es para escuchar sus respuestas, sino para hacerlos ajustarse a un guión preestablecido. James "debía" responder que habla estado enfermo una vez por lo menos; Daniele "decía" admitir sus deseos de verse promovido a la clase superior. Ni James ni Daniele, testarudos, obedecieron. Pero, ¿quién dice que no sea el niño, el poeta, el rebelde, el "loco", el reducto inexpugnable de la vida? ■ "L'ESPRESSO".

